

[Publicado como "De la vida un traslado: el fútbol en la cultura global", Revista de Occidente, Julio-Agosto de 2010, nº 351, pp. 11-38.]

De la vida un traslado: el fútbol en la cultura global

“Hay muchos cuerpos, solo hay un alma”

Inscripción en la iglesia de Saint Francis (Manchester), en honor de Duncan Edwards¹

Mi intención en este *paper* no es argumentar que el fútbol sea importante, lo que me parece más que obvio, aunque será bueno considerar algunas magnitudes que ayuden a precisar su influencia, sino que es profundamente interesante, tanto como deporte, como en cuanto fenómeno contemporáneo, para lo que trataré de mostrar que posee algunas cualidades singulares que son la causa esencial de su éxito, tanto en el plano deportivo, como en el plano sociológico, en la arena de las emociones que configuran un espacio público cualquiera.

De la misma manera que ha abundado el desdén *intelectual* respecto de la tecnología, y, de la ciencia, continúan existiendo una serie de prejuicios muy fuertes contra el deporte, en especial contra el fútbol. No comparto esa actitud. Incluso se podría decir que al resto de los deportes les ha llegado una cierta redención, pero que el fútbol continúa siendo demasiado popular y basto como para que se le dedique el tiempo y la atención que hay que emplear en asuntos de más fuste. Por lo demás, el fútbol siempre ha arrastrado un aire barriobajero, acentuado tal vez por su pronto arraigo en Sudamérica, de manera que se ganó la condena de clérigos anglicanos hace ya mucho tiempo y dio pie a que Borges escribiese que “siempre me ha parecido más viril el desafío entre cuchilleros. Sigo sintiendo que a pesar de que matar formaba parte de esta práctica, había una cierta nobleza que no he podido encontrar en un hombre que patea una pelota”.

¹ La inscripción remite a una de las grandes historias del fútbol clásico, naturalmente inglesa. Duncan Edwards fue una de las grandes promesas que perecieron en el accidente del avión del Manchester United en 1958, cerca de Munich. Duncan Edwards llegó al hospital en estado muy grave por haber perdido gran cantidad de sangre. Murió a los quince días al no haber funcionado adecuadamente el riñón artificial que se le procuró, aunque con retraso. Edwards, medio muerto como estaba, quiso que Jimmy Murphy el ayudante del mítico Matt Busby (el Ferguson del momento), acudiese a su cama porque tenía una cosa muy importante que preguntarle: “¿A qué hora es el partido contra los Wolves? Ese partido no me lo quiero perder de ninguna forma. ¿A qué hora jugamos?”. Los grandes jugadores de fútbol son siempre pasionales. Puede verse esta historia más completa en <http://intelectualfutbol.blogspot.com/2010/03/hay-muchos-cuerpos-solo-hay-un-alma.html>. Hay una excelente página web sobre Edwards <http://www.duncan-edwards.co.uk/index.asp>

Es evidente que el fútbol no es primordialmente un asunto intelectual, como pueda serlo el arte contemporáneo, la literatura y el diálogo entre las civilizaciones, o incluso el cine. Sin embargo, creo que es un error considerarlo como un mero juego, además de que los juegos sean siempre algo más que meros juegos. En cuanto espectáculo, esto es, visto desde fuera, el fútbol es un acontecimiento fundamentalmente pasional, algo escasamente teórico. Confieso, desde luego, que me gusta el fútbol, pero me gustaría hablar de él con la misma distancia con la que se puede hablar de otros asuntos supuestamente más serios. Creo que se ha pensado muy poco en lo que el fútbol es y en lo que, por ello, está pudiendo significar en la sociedad contemporánea y que eso es, cuando menos, un error. Llevo unos meses leyendo cosas sobre fútbol; me refiero a libros, a ensayos, a novelas, porque estoy tratando de cuadrar una cierta explicación de las razones de su éxito; de momento, sigo donde estaba, pero no renuncio a encontrar alguna cosa interesante, aunque solo sea para compensar el haberme tropezado con muchas de las abundantes tonterías circunstanciales y oportunistas que se han escrito sobre el fenómeno². Así pues, trataré de preguntarme las razones por las cuáles el fútbol ha llegado a ser lo que es, a tener la importancia que tiene.

Las razones más poderosas para preguntarse por el fútbol son también el mayor obstáculo para entenderlo correctamente: su enorme popularidad, su aparente simpleza, su componente azaroso, pasional, irracional. Pues bien, como sin querer, se asume que lo que es popular es simple, y, por tanto, carente de interés, lo que no deja de ser una suposición sorprendente.

El fútbol es un fenómeno estrictamente contemporáneo que, independientemente de sus variopintos antecesores, se consagra como deporte de masas tras la segunda guerra mundial, especialmente a mediados de la década de los cincuenta, y ha ido experimentando un crecimiento apabullante en los últimos cincuenta años. En mi opinión, uno de los hechos que más contribuyeron a convertir el fútbol en una figura imprescindible de la actualidad fue, precisamente, un hecho trágico, el accidente de aviación en el que murió gran parte de la plantilla del Manchester United, un equipo que parecía llamado a reinar en Europa, a arrebatarse el cetro continental al Real Madrid de Bernabéu. Pese a que había sucumbido frente al Real Madrid el año anterior en semifinales de la Copa de Europa por un global de 5-3, el Manchester, en el que ya jugaba Bobby Charlton, era la gran amenaza para la supremacía blanca³; tras la tragedia, el Manchester no ganó una Copa de Europa hasta 1967, nueve años después del accidente. Naturalmente, que se haya podido viajar en avión ha sido uno de los requisitos imprescindibles para la internacionalización del fútbol.

Desde los años sesenta el fútbol es un ingrediente decisivo del panorama sentimental y popular de Europa y de Sudamérica⁴ y, desde entonces, se ido

2 Por ejemplo, esta perla de Valdano, uno de los filósofos oficiales de los forofos del fútbol de papel: “el fútbol creativo es de izquierdas, mientras que el fútbol de pura fuerza, marrullero y brutal es de derechas”.

3 Sin la amenaza del Manchester, la supremacía del Real Madrid fue espectacular. Entre 1955 y 1965 ganó seis de las diez finales y fue finalista en otras tres, más o menos como ahora. Un buen reportaje sobre la tragedia de Munich y sus consecuencias puede leerse en <http://espndeportes.espn.go.com/news/story?id=645000&s=eng&type=story1677578.html>.

4 Para hacernos una idea de los cambios, según Galeano (2006, 161), Obdulio Varela que fue el jugador que marcó el gol decisivo en la victoria final de Uruguay ante Brasil ante los 200.000

introduciendo con fuerza creciente en África, en Asia y en Norteamérica. El éxito tiene una mala prensa bastante hipócrita, lo que no podía fallar en el caso del fútbol cuyo éxito es arrollador tanto desde el punto de vista económico como político o de comunicación. Algunas cifras, y algunas anécdotas, ayudarán a valorarlo.

Un partido entre el Barcelona y el Madrid, por ejemplo, puede ser visto por más de 1200 millones de personas en directo, y eso que suele celebrarse en un horario que elimina la posibilidad de conexión de casi todos los países asiáticos y, en especial, de China, Corea y Japón. Si la propuesta de celebrar esta clase de partidos a las 3 de la tarde saliese adelante, el número de televidentes podría doblarse con cierta facilidad en pocos meses.

Las tres primeras empresas deportivas del mundo en cuanto a facturación, incluyendo las ligas americanas de baloncesto y *baseball*, son equipos de fútbol europeos (Real Madrid, Barcelona, Manchester United⁵).

Un responsable de marketing de Audi, la marca alemana de automóviles que patrocinaba al Real Madrid de la época, declaró que el fichaje de Beckham por el Real Madrid había sido el acontecimiento más importante en la comercialización de sus coches, la mejor inversión en marketing de toda su historia; según sus cálculos, para haber conseguido algo como aquello con publicidad habrían tenido que vender la empresa. Solo si se detuviera a Ben Laden y se le llevara a algún sitio en un Audi podría imaginarse un impacto similar. El fichaje de Beckham por el Real Madrid, que fue algo muy discutible desde el punto de vista deportivo, constituyó un magnífico negocio y un punto de inflexión en la ya poderosa imagen de marca del club blanco. De vender 600.000 camisetas al año, se empezaron a vender cerca de 3.000.000.

El fútbol es ya el deporte más universal y la actividad de entretenimiento más importante desde el punto de vista económico. Los mundiales de fútbol doblan el número de espectadores de unas Olimpiadas. Son muy raras las naciones que se resisten a la marea del fútbol, y la más importante de ellas, los Estados Unidos, puede acabar siendo una gran potencia futbolística a medio plazo, dada la penetración del fútbol en el sistema escolar, consideración que servirá para introducirnos en una distinción entre el fútbol como deporte y el fútbol como espectáculo.

El fútbol ha sido un juego durante mucho tiempo, pero no se puede decir que se haya convertido en un espectáculo, sino que *ha dado lugar a un espectáculo*, porque el fútbol sigue siendo fútbol, algo que acontece cuando dos grupos rivales disputan con una pelota conforme a unas reglas bastante precisas, aunque nadie lo vea. Una de las razones del éxito del espectáculo reside, sin duda ninguna, en esa curiosa combinación de simpleza y de complejidad que tiene como juego, en su atractivo, en su humanidad. El fútbol ha podido llegar a

espectadores de Maracaná (en los mundiales de 1950 en que España quedó cuarta con los Zorra, Gáinza y compañía), fue premiado con un dinero que solo le dio para comprar un *haiga* americano, un Ford de diecinueve años de antigüedad, que le fue robado a la semana.

⁵ El Manchester United estaría en segundo lugar de no ser por la actual baja cotización de la libra esterlina.

ser un gran espectáculo porque previamente ha sido un ejercicio fascinante, una actividad física agotadora y un juego que permite y suscita la pasión, el deseo de superación, la competencia, la astucia y el deseo de revancha. Dicho sea de paso, una de las cosas que más me asombran es que puedan gozar del fútbol, o eso dicen, quienes nunca lo han jugado, porque, a mi entender, la primera de las razones del éxito del fútbol es el hecho de que un gran número de hombres lo hayan practicado de algún modo, experimentando su dificultad y su veneno.

Creo que es extraordinariamente razonable que quienes no hayan sentido la pasión y la frustración de jugar a la pelota, sientan una enorme indiferencia ante el fútbol espectáculo, ante un juego que puede parecer brutal, ordinario y monótono, lo que de ninguna manera quiere decir que no existan forofos que jamás han jugado a la pelota; existen y son abundantes porque el fútbol, como espectáculo, tiene una gran capacidad de sumar a sus atractivos, al complejo y peculiar agonismo de este deporte grupal. Hay una manera clara de distinguir ambos tipos de aficionado: el que ve fútbol porque ya no puede jugarlo, es capaz de ver cualquier partido con interés, y experimentar una pasión pura y no maniquea ante cualquier buena jugada que anuncie su culminación en un gol, o que proporciones un lance de belleza perfecta, a su entender; los espectadores del segundo tipo necesitan del catalizador externo para gozar del fútbol: van al fútbol en sustitución, o en continuación, de otras guerras, lo que no es necesariamente malo.

La distinción entre el deporte y el espectáculo es esencial para entender el fenómeno global del fútbol, para subrayar cómo el segundo no habría podido darse sin las extraordinarias propiedades del primero. Hay que reconocer, sin embargo, que se trata, a día de hoy, de una distinción casi formal, difícil de mantener, tal como están las cosas. El primero es, digamos, un *espectáculo interior*, el segundo es un *espectáculo público*, pero ambos coinciden en su naturaleza visual, porque el fútbol es, además de una actividad que sucede en el espacio físico, un acontecimiento que afecta en el ámbito emocional, el resultado de una combinación siempre azarosa de las posibilidades de actuación de un equipo de cuerpos fuertes, ágiles e inteligentes mediante la combinación de las destrezas y debilidades respectivas de adversarios y compañeros.

¿Cuál es la razón esencial del atractivo del fútbol? Hay que reconocer que el fútbol comparte con otros muchos deportes una serie de cualidades y ahora no pretendo hablar únicamente de las específicas del fútbol, aunque sí creo que el fútbol lleva a cualquiera de ellas a un grado muy alto de perfección y de eficacia. Para empezar el fútbol es, como deporte, una actividad muy completa. Partiré de la base de que lo esencial del deporte sea su agonismo, su intento de luchar contra unos límites perfectamente nítidos en el rendimiento físico (y emocional) de quienes lo practican.

1. El fútbol y las categorías de la vida

Al jugar al fútbol no solo se mueven las piernas, sino, sobre todo, la imaginación. Cuando el jugador no ve ante sí un inmenso conjunto de posibilidades está perdido, bloqueado, y, si pudiera, se marcharía del campo. Cuando esto ocurre el fútbol puede generar violencia, una violencia que nace de la frustración, de la incapacidad de hacer aquello que imaginamos o, peor aún, de la incapacidad de imaginar nada.

Cada segundo de un partido está preñado de posibilidades, aunque muchas veces queden en nada. De este modo, los partidos no solo se juegan en el espacio y en el tiempo, sino en la imaginación, y es evidente que esta no se conforma con el transcurso del tiempo oficial, que se desborda en recuerdos y en ensoñaciones sobre lo que pudiera haber sido. Hay que tener en cuenta que este escenario de posibilidades es numéricamente distinto para cada jugador, incluso para cada espectador, lo que proporciona enormes posibilidades de dar pie a variopintas polémicas que, desgraciadamente, suelen estar castradas por el veneno del partidismo y la más absoluta ausencia de objetividad. Muchos jugadores repiten el mantra de que “fútbol es fútbol”, pero lo que quieren decir es que, a la manera de Heráclito, “nadie ha jugado, ni visto, nunca el mismo partido”, salvo cuando la victoria es sonora. Por eso los goles, meter una bola en un cajón, cumplen una función liberadora, hacen que el campo infinito de las posibilidades contradictorias se colapse en una contabilidad elemental.

Cualquiera que haya jugado algún partido con gusto sabe bien que el encuentro siempre prolonga en una larga camaradería comentando lo que fue, lo que pudo ser. No recuerdo nadie que no se lamentase de tener que salir corriendo después de haber jugado un partido, privándose de la duplicación mental del éxito o de los innumerables alegatos excusatorios que todos deben hacer de manera inmediata, explicando lo mal que estaba el campo, que se le salió la bota, que el compañero no entendió su gesto, o que el adversario se topó con el balón por pura chiripa. Cada partido que se juega en la realidad es un caso particular del conjunto casi innumerable de partidos que se ha estado a punto de jugar, que un mero azar ha enviado al limbo pero que pueden justificar los esfuerzos, las lesiones y la esperanza para volver a las andadas a nada que se pueda. En su vademécum del fútbol moderno, Bobby Moore (1969, 14) establece que lo esencial es que un jugador anhele estar jugando constantemente. Como explicaba otro genio inglés de la época, Bobby Charlton, “algunos amigos me dicen que los jugadores profesionales son esclavos. Bien, si eso es esclavitud, que me condenen a ella de por vida”. Muy modestamente, recuerdo temporadas en las que consideraba un desastre no poder jugar, al menos dos o tres partidos por semana. El fútbol está repleto de imaginación, antes de la jugada, pero casi más después, porque el fútbol nunca se acaba, siempre se está pensando en el siguiente partido, lo que seguramente hace que el fútbol otorgue una cierta capacidad de ilusión y rejuvenecimiento porque contradice plenamente aquello de *nihil novum sub Sole*.

Sin embargo, a diferencia de otros lances, como el toreo, en el que el coeficiente

de subjetividad es alarmantemente alto, con perdón de los entendidos, en el fútbol hay un nivel muy alto de objetividad, de técnica. También pasa con la vida, que se parece más a un partido que a cualquier corrida. No es lo mismo darle al balón *así*, que de otro modo, de la misma manera que no es lo mismo hacer algo *ahora* que luego: los resultados cambian. A mí me parece que eso es lo que ha hecho que el fútbol haya podido llegar a ser tan importante, tan popular: es filosofía para princesas, sabiduría sin llanto, metafísica en vena. Todo lo cual quiere decir que también puede ser, a veces, un insoportable pasatiempo. Sin embargo, para quienes aprecien el fútbol, como dice Hornby (1996, 163), quejarse de que el espectáculo pueda resultar aburrido es tan absurdo como quejarse de que el final de King Lear sea tan triste.

No es tarea fácil enumerar con cierto orden las cualidades del fútbol que lo convierten en un traslado de la vida, como decía Tirso de la comedia. Las más obvias tienen que ver con el enfrentamiento y con su ritualización civilizada, se trata de derrotar y de no ser derrotado, aunque, al menos en el fútbol, también se trate de algo más que de la victoria, de procurar merecerla, de *jugar bien*, porque el miedo no debiera estar sólo en la derrota, sino, sobre todo, en la fealdad, la zafiedad o el deshonor. Claro que esto es así en un plano ideal, porque el juego siempre está amenazado por el pragmatismo de la victoria o la derrota (el *resultadismo*) y, entonces, el jugador, pero sobre todo el hincha, se preguntan, como dice Hornby (1996, 33), ¿a quién le importa la deportividad?

El fútbol es un deporte esencialmente colectivo, de equipo, y pocas cosas desprecia más el buen futbolista, y el buen aficionado, que el comportamiento del *chupón egoísta*, el que juega como si los demás de su equipo no existieran. Este hecho de la complementariedad de todos los jugadores es esencial para entender el atractivo del fútbol y se desdibuja habitualmente en la dinámica de la fama mediante la consagración de lo que se llama las *figuras*, los *cracks*.

El fenómeno de la importancia inusitada concedida a los *cracks*, especialmente a los que resultan atractivos para las industrias mediáticas, deriva de una doble fuente que contribuye a crear un equívoco significativo. Por un lado, el ojo del espectador, y por ende el de la multitud, sobre el campo es un ojo selectivo precisamente porque no es un ojo experto; si lo fuera tendría que ser más que un catalejo detallista una especie de panóptico; en realidad, el fútbol es difícil de ver, incluso desde el campo, no digamos en televisión donde los planos de detalle no suelen dejar ver la disposición táctica y *sintáctica* de los jugadores, aunque los avances en las transmisiones estén mejorando mucho.

Como dice Moore (1969, 5) “hay un abismo de diferencia entre estar activamente implicado en el juego y vivirlo solo emotivamente”. Esta dificultad de interpretación del fútbol, entender lo que realmente ha pasado, hace inexcusablemente difícil la labor de los árbitros (aunque la tecnología lo aliviará a medio plazo⁶) y eso es lo que da lugar a las interminables polémicas que la prensa explota de manera inmisericorde y plebeya. El fútbol es un juego

6 Naturalmente pese a la opinión del atorrante Valdano (2001, 36), pedante cultivador de un dualismo populista y demagógico que le hace decir, impertérrito, que “el fútbol es un juego perfecto, porque revela la complejidad humana, y pretender mejorarlo *desde* (la bastardilla es mía) la tecnología es, sencillamente, una estupidez”.

asociación y en él, como en una máquina, el fallo de cualquier elemento puede ser decisivo, mientras que el acierto, pese a su dificultad, se considera, especialmente por los que nunca han dado una patada al balón, como algo inexcusable.

En segundo lugar, no se puede negar la genialidad de determinadas acciones individuales, situaciones teóricamente simétricas a las grandes pifias, lo que permite evaluar la excepcionalidad de un jugador cuando la probabilidad de sus aciertos se acerca a uno, la probabilidad del suceso seguro. Esto crea en el espectador la idea de que la intervención estelar de las figuras haya de ser el bálsamo de Fierabras, pero la realidad es muy distinta. No se puede negar que, como en la vida, aparezca la ocasión excepcional, el raro golpe de genio, o de fortuna, que todo lo cambia, pero no se puede confiar el éxito de una larga campaña a algo que se aleje muy mucho de la normalidad juiciosa, y eso aunque todo gol tienda a adquirir cierta cualidad extraordinaria.

Frente al papel de lo extraordinario y lo individual, el fútbol ha de contar también con una serie de artificios, con disposiciones, con técnicas, con formas de juego colectivo. Bobby Moore hace notar que una de las cosas que ha caracterizado la progresión del fútbol moderno es el incremento del ritmo, de la velocidad; ahora bien, la velocidad no es, como pudiera creerse, una derivada de la condición excepcional de algunos sino, por el contrario, la consecuencia de una buena organización, de saber hacer que el balón corra rápido y que los jugadores sepan siempre dónde está y lo que tienen que hacer.

El fútbol es, pues, síntesis de contrarios, de individualidades y equipos, de azar y estrategia, de velocidad y precisión, de continuidad y de ruptura, de regularidad y capacidad de improvisación, de fortaleza táctica y capacidad de entrega, etc., de modo que cada partido saca a relucir las ventajas y las carencias de los equipos que se enfrentan en uno u otro aspecto. Precisamente en esta clase de contraposiciones se basa la naturalidad de la distinción entre los dos grandes tipos de competición, las largas *ligas* y las inquietantes *copas*, los torneos del k.o.

La mayor parte de las cosas que hacemos en la vida ordinaria resultan también en una cierta composición entre el esfuerzo individual y la inercia colectiva, es lo que acaba pasando en sucesivos bailes en los que raramente podemos escoger pareja. El fútbol espectáculo es una cucaña en que los mejores acaban asociándose para obtener un equipo a la altura de sus ambiciones, pero no siempre consiguen lo que pretenden, entre otras cosas porque siempre pretenden más, porque el éxito se jerarquiza y la cucaña es inagotable. De la ilusión que genera esa lucha sin cuartel y siempre renovada vive la inmensa multitud de los aficionados que ven en esa mezcla de genio y disposición colectiva, de esfuerzo y azar, de coraje y astucia, de momentos de esperanza, tensión y gloria que se alcanzan, graciosamente, sobre las largas horas de la normalidad, un *ersatz* ventajoso de las peripecias de su vida. La vida suele ser aburrida, las más de las veces, y el fútbol también lo es; de hecho, necesita serlo para que sobresalgan, como un premio, esos escasos momentos de agonía y de gloria que le dan su salsa.

El ejército futbolístico no puede ser un batallón de *madelmans*, de gladiadores

de físico perfecto. Una de las cosas más notables del fútbol es que no exista un biotipo de jugador, ni siquiera para funciones semejantes. Cualquiera puede jugar al fútbol, lo mismo si es alto que bajo, grueso o liviano. Piénsese en lo físicamente distintos que han sido futbolistas como Zidane, Maradona o Butragueño para cumplir una misión muy similar en el campo.

Como en la vida, en el fútbol todo es posible, no hay victoria segura. Naturalmente los poderosos se las han ingeniado para pergeñar torneos en los que el éxito les esté casi garantizado, pero un enfrentamiento como el del Real Madrid con el Alcorcón, especialmente frecuentes en la patria inglesa de este deporte, muestran que cualquier cosa es posible en cualquier lugar y en cualquier momento. El azar en el fútbol es siempre decisivo y contra él nada puede hacer la pericia, exactamente como en la vida.

Con frecuencia se subraya que el fútbol es una pasión que ha venido a sustituir el instinto guerrero, conquistador y dominador de nuestra especie, lo que podría explicar también otra peculiaridad de la pasión mundial por el fútbol, y es que sea Estados Unidos, la superpotencia bélica, el último resquicio del planeta que parece no haber sucumbido del todo al encanto del fútbol. Me parece que hay mucho de cierto en eso y es interesante hacer notar que el fútbol ha llegado a su apogeo en la larga etapa de paz en el primer mundo posterior a la segunda gran guerra. Yo creo, sin embargo, que hay mucho más. En particular, me parece que el fútbol tiene muchas de las propiedades que se supone debiera tener el teatro, porque es un remedo de la vida, y un espectáculo que no se entiende del todo sin pasión, sin formar parte del asunto, que es lo que nos pasa cuando vivimos. Se parece a la vida en que es largo y breve a la vez, en que pasa por etapas completamente distintas, en que no hay nada seguro. No puede haber en el fútbol alguien que siempre gane a enemigos de cierto nivel, como sí ocurre en otros deportes: Federer o Woods, por poner ejemplos obvios, siempre ganarán a un principiante, cosa que en el fútbol puede fallar. El fútbol, también se asemeja a la vida, en que vive en un continuo mercadeo, en que el azar juega un papel determinante, en que hay que cooperar, es un deporte de equipo, por más que nos fijemos en los galácticos, en que, pese a las apariencias y a a los periódicos, en realidad, nadie es más que nadie.

Lo decisivo no es que ahora sea lo que evidentemente es, una especie de religión universal, sino que haya podido llegar a serlo, a ocupar un lugar que el resto de deportes no acaba de ocupar. De ninguna manera me parece que la clave de su éxito pueda estar en su supuesta vulgaridad. Conforme al dicho popular, algo tiene el agua, cuando la bendicen, y ese algo me parece que se basa en que la configuración técnica del fútbol ha sido un acierto, y lo ha sido, precisamente, porque ha logrado ensamblar una serie de elementos que, presentes en todos los juegos de equipo, se potencian de una manera muy eficaz en los lances futbolísticos. Veamos una enumeración sucinta de estas claves técnicas del éxito del fútbol.

Todos los deportes suponen la creación de un espacio y de un tiempo que se diferencian del ordinario, que se sustraen a él (siempre que sea posible), mediante los que se configura un juego del que se obtiene un mensaje paradójico, como supo ver G. Bateson, algo que ocurre y no ocurre, un

enfrentamiento que no es una guerra, pero que tampoco es una *no guerra*. No trato aquí de explotar esa clase de funciones sociales que muestran la importancia cultural de los juegos, una actividad de todos los mamíferos jóvenes, pero que solo el hombre conserva en la etapa adulta. De lo que se trata es de ver cómo las propiedades específicas del fútbol han facilitado su eclosión como unos de los más importantes fenómenos culturales ligados íntimamente a la globalización económica y la paz política.

1. En primer lugar, el tamaño del campo por relación al número de jugadores hace que haya siempre una gran parte del terreno libre. En este aspecto, el fútbol es casi lo contrario del ajedrez, nunca te pueden acotar del todo. La acotación de los espacios y la regla del fuera de juego hacen que la movilidad de los jugadores tenga que estar pendiente siempre de cuatro factores: la situación del balón, el sentido del juego, la disposición del contrario y la colocación de los compañeros. Precisamente por eso, el fútbol es un deporte que requiere gran concentración, inteligencia para valorar muchos factores, imaginación para crear situaciones escasamente previsibles y gran pericia técnica para que el balón haga precisamente lo que se le ordene. Los espectadores que no han jugado nunca se acostumbran a considerar fáciles cosas extremadamente difíciles y elaboran absurdas teorías sobre ese falso supuesto.
2. Una condición esencial para ganar un partido es saber leer el desarrollo de la contienda, acertar a hacer la dosificación adecuada de desgaste y de acoso, porque los partidos son largos y de nada sirve comenzar con fuerza si se acaba exhausto. No se puede decidir, pero si se pudiese, los técnicos obligarían a sus equipos a marcar los goles en determinados momentos, no en cualquiera.
3. Lo importante es que todos los que asisten al partido puede ver esos espacios y esas oportunidades desde fuera (si está atento, tiene buena visibilidad y conoce las posibilidades del juego), lo que crea una enorme ilusión de participación: se ven las posibilidades de manera mucho más obvia que en cualquier otro deporte. El que asiste participa del juego y por eso critica amargamente, sobre todo en España, los *fallos* de los suyos. En Inglaterra, por el contrario, no se pierde de vista que el papel del espectador es animar al equipo, se juega realmente con cantos normalmente armoniosos y estimulantes que impulsan los suyos, mientras que en España el fútbol es vivido más que como una liturgia colectiva como un drama personal que da lugar a contradicciones íntimas, a enormes diferencias de opinión y a un desánimo colectivo que es algo más que decepción.
4. En definitiva, la amplitud del campo da pie a la ilusión de la facilidad con que se cree que se ejecuta el juego, lo que tiene como resultado que cualquiera crea poder hacer bien aquello que un jugador determinado hizo mal. El fútbol parece articularse mediante un lenguaje de gran transparencia, aunque su uso sea equívoco. Estas propiedades del juego lo

convierten en un gran nivelador, en un deporte esencialmente democrático, al alcance de cualquiera. No es lo que se siente al ver cómo un tenista golpea con furia y precisión una bola, o al ver cómo un atleta adelanta a otro en carrera. Decía Bernabéu que el fútbol es una tentación tan enorme que hasta un paralítico en una silla de ruedas estira la pierna si le pasa por delante un balón.

5. La supuesta facilidad del fútbol, aunque sea engañosa, permite que cualquiera se pueda hacer la ilusión de ganar. A ello contribuye, además, el hecho de que el fútbol tenga generalmente un resultado escasamente previsible, el que cualquiera pueda obtener la victoria. Este carácter abierto acentúa su atractivo porque confirma la impresión de que el espectador también podría hacerlo, de manera que el espectador es siempre un poco narcisista porque acude a ver cómo otros hacen algo que él supone saber cómo se haría mejor.
6. La mezcla de la supuesta facilidad y el azar hace que exista una escala muy abigarrada entre la calidad baja y la excelencia, una escala en la que siempre se puede mejorar, en la que se asciende por méritos y esfuerzo, pero también por casualidades e injusticias, como en la vida misma, aunque se asuma que la suerte pueda truncar cualquier clase de planes o ilusiones.
7. El hecho de que el fútbol se juegue, básicamente, con los pies, supone que explota una capacidad específicamente humana, a saber, la de dedicar nuestros medios y posibilidades a fines para los que no están diseñados, porque, más allá de la polémica filosófica correspondiente, es obvio que las piernas y los pies no fueron hechos para chutar ni para regatear. Esto no ocurre, por ejemplo, con los deportes en los que los brazos y las manos juegan un papel mucho más relevante (la mayoría, por cierto). Este *pensar con los pies* es profundamente humano porque expresa nuestra capacidad de inventar de manera más clara que lo que hacemos con las manos (que sí parecen haber sido hechas para algo).
8. El fútbol funciona de manera completamente ajena a diversos empeños en conseguir la victoria, a la inversión en jugadores, por ejemplo, sobre la que Pirri decía (Carlin 2004, 133) que existe una regla que establece que tres de cada cinco fichajes no funcionan. Este dato empírico define las posibilidades abstractas de conseguir un buen equipo a partir de un número determinado de jugadores. La dificultad de convertir a once jugadores en un equipo no es nada pequeña, y depende de factores que no se ven a primera vista o no se saben valorar bien y que cada día resultan más complejos, como la historia del club, el carácter del entrenador, la capacidad de adaptación y liderazgo de cada jugador, etc. Por si fuera poco, el fútbol es muy distinto en las distintas ligas, y eso hace que los enfrentamientos internacionales de clubs sean los menos previsibles y se puede dar que un gran defensa italiano (como Cannavaro, por ejemplo) no alcance idéntico nivel en España, o que un delantero (como Torres, por ejemplo) que no triunfa aquí pueda explotar en

Inglaterra. Tampoco las vidas son trasplantables ni nadie es capaz de triunfar en todos los contextos posibles.

9. El fútbol explota la individualidad de cada jugador. Todos los grandes jugadores son distintos, como decía Klinsmann (Carlin 2004, 315), son únicos. Y en su unicidad pueden ser decisivos factores muy distintos porque lo que los hace es una mezcla de cualidades que no siempre se dan de la misma manera, y que a continuación se enumeran sin pretensión de sistematismo ni de exhaustividad:

- a. destreza natural
- b. capacidad de liderazgo
- c. visión del juego
- d. resistencia a las lesiones
- e. velocidad de carrera
- f. colocación
- g. perfección técnica mediante el entrenamiento
- h. inteligencia espacial
- i. capacidad de protección de la pelota
- j. resistencia física
- k. capacidad para leer el partido (ritmos y tiempos)
- l. agilidad, explosividad y rapidez
- m. control del sufrimiento
- n. ímpetu
- o. capacidad de administrar bien el tiempo
- p. inteligencia táctica
- q. sentido de la colocación
- r. disciplina
- s. capacidad de sacrificio por el equipo
- t. individualismo domado
- u. resistencia a los nervios y al ambiente hostil
- v. instinto agresivo
- w. corazón
- x. espíritu de equipo
- y. capacidad de recuperación
- z. moral de victoria
- aa. capacidad de improvisar
- bb. rapidez de reflejos
- cc. saber jugar con todo el cuerpo
- dd. astucia
- ee. habilidad cazadora
- ff. oportunismo

10. El repertorio técnico de un buen futbolista es, en consecuencia, muy variado y, lógicamente casi ninguno ha dominado a la perfección todas las suertes del juego, la interposición, el recorte, el marcaje, el despeje, el regate corto, el desmarque, el pase largo, el arranque imparable, el tiro a la media vuelta, la *vaselina*, el pase al hueco, el

taconazo, el juego y los remates de cabeza, el manejo de ambas piernas, o cualquiera de los recursos sorprendentes de todos los buenos jugadores. Desde un punto de vista lógico, las fases del juego son solamente dos, pero, en la práctica, el fútbol no se reduce al ataque y la defensa, sino que comporta momentos muy variados: el estudio del contrario, la contención, el peloteo, la pérdida de tiempo, el intento de despistar al adversario y ponerle nervioso, etc. De cualquier manera, se ha solido distinguir a los jugadores en función de su cometido principal, la defensa, la construcción del centro del campo y el ataque en sus variadas maneras. Los recursos del futbolista tienden a ser tan amplios y flexibles como los que ponemos en las infinitas suertes de la vida.

11. La teoría más popular del fútbol dice que el ataque es lo decisivo. Sin embargo, cada vez es más claro que en el buen fútbol de alta competición, la defensa es la base sobre la que se puede edificar, es un *sine qua non*, un olvido que, por ejemplo, llevó a la desgracia al Real Madrid *galáctico* del Florentino I. No es muy sabido que los entrenadores suelen practicar enfrentamientos entre defensas y delanteros que terminan, casi indefectiblemente, con la victoria de los primeros. El fútbol es un juego tan abierto como lo es nuestra vida, un juego en el que los profesionales de la victoria suelen perecer frente a los especialistas en evitar la derrota.
12. Ahora bien, en segundo lugar, el fútbol está constreñido por el tiempo, lo que hace que sea, desde muchos puntos de vista, un deporte de larga duración, y, por tanto, agotador, que solo puede llenarse con algo de rutina para poder dotar al juego del ritmo que convenga en cada caso. Si se administra mal el tiempo, no solo en un partido, sino a la largo de una temporada, se acaba pagando por ello. En el fútbol, como en la vida humana, es esencial el control del tiempo vivido.
13. Los goles son la salsa del fútbol, pero porque definen el resultado. De nada sirve marcar mucho si se recibe más. El fútbol es, por tanto, un cálculo en el que la prudencia cuenta muchísimo porque de nada sirve marcar y luego perder, es mejor quedarse en el empate.
14. Vayamos al gol. Algunos lo han comparado con el orgasmo, lo que seguramente dice más sobre los comparadores que sobre lo comparado; hay quienes han llegado a especular sobre la analogía entre la portería y el himen, a otorgarle un papel femenino y matriarcal al portero. En fin, no cabe duda de que en nombre de Freud, y de Marx, se han escrito unas cuantas memeces, casi siempre pretenciosas y oportunistas, por otra parte, a propósito del fútbol. Voy a bajar unos cuantos escalones especulativos y a preguntar simplemente si todos los goles tienen idéntico valor. La respuesta es, por supuesto, que no. Es evidente que los goles se distinguen mucho por su belleza, o por su perfección técnica, pero además se distinguen por su valor, por su oportunidad. No es lo mismo el gol que consigue la victoria, que el gol que se suma a una victoria ya cómoda, por ejemplo. En caso de victoria clara, los goles más meritorios son siempre los primeros, no los últimos. El jugador que inaugura el marcador hace lo más difícil, y por eso su acción debiera

considerarse más valiosa; por el contrario, cuando la victoria está en el alero, el gol definitivo es el decisivo, ese que a veces llega en el último minuto, en tiempo de descuento. La agonía del fútbol es contemporánea siempre de la esperanza, hasta que cae el telón, y la ventaja sobre la vida real es que el telón vuelve a levantarse una y otra vez.

Se repite mucho una frase de Camus que dice: “Después de muchos años durante los cuales el mundo me ha permitido vivir experiencias variadas, lo que sé acerca de la moral y las obligaciones de los hombres se lo debo al fútbol”. Es evidente que el fútbol, como los toros, está lleno de metáforas, y que es una escuela de vida. Hace solo unos días, Kaká, que está pasando por un mal momento bastante largo, decía que en el fútbol todo cambia muy deprisa, lo que no es pequeña lección para aprender a sobreponerse de las múltiples derrotas que nos proporciona generosamente el tráfico de la vida. Esa velocidad de transcurso significa que en el fútbol siempre se está a tiempo de recomenzar. Aquí reside, seguramente, uno de los mayores atractivos de este deporte como actividad en la que se implican millones de personas.

Este rejuvenecimiento que ofrece el fútbol se da en un paquete en el que también se obtiene un cierto anonimato, tanto del que juega como del que asiste a un partido. El fútbol es una excelente terapia contra los males de la identidad, contra sus excesos. Es, desde luego, una oportunidad de fundirse en sensaciones oceánicas, en tiempos en los que no cuenta nada ni nuestra individualidad ni nuestra historia, en puros instantes de entusiasmo y de desesperación. Tiene, por eso, una función muy parecida a la que Sherry Turkle (1996, 243) ha sabido ver en la navegación en la red, que nos proporciona segundas oportunidades para personalidades que quieran prolongar su adolescencia. De ser esto así, el fútbol funcionaría como una extensión de la moratoria que según Erikson se concede a los adolescentes, una cierta oportunidad de dejar de ser uno mismo cada relativamente poco tiempo para convertirse en hinchas, en uno más indistinguible de cualquier otro para una mirada ajena. Como escribe Hornby (1996, 168), aunque el deporte profesional sea agrio por definición, el fútbol puede funcionar maravillosamente como un retardante que te permite quedarte en los 14 años.

Llevo años siguiendo el fútbol en el Bernabéu. El espectáculo me parece, una y otra vez, extraordinario. No me refiero ahora al juego, sino al público, al fenómeno humano. ¿Qué es exactamente el fútbol? ¿Qué significan esas, aglomeraciones, esa pasión? Me gusta el fútbol como deporte, pero me intriga mucho más el espectáculo, el significado que pueda tener esa conversión del fútbol en algo que interesa a tantísima gente, en cualquier lugar, un fenómeno mundial en sentido estricto. La mayoría de las opiniones que ruedan en relación con esta clase de preguntas, se fijan en una serie de caracteres más bien negativos. No diré que no tengan fundamento esas críticas, pero es posible que quienes las repiten, normalmente con aire de superioridad, se pierdan algún aspecto interesante de este fenómeno tan singular.

Me parece muy necesario llamar la atención sobre algo que cuando lo contemplas con frialdad resulta casi incomprensible. ¿Qué hace que cientos de miles de personas se emocionen al tiempo por algo que, en realidad, podríamos

decir, les debiera ser indiferente? Si en el estadio consigues distanciarte de la pasión común, el espectáculo es increíble. Ves cómo se suman los sentimientos, las pasiones. Gente que no se conoce, se abraza, y personas de exquisita educación pueden prorrumpir en improperios completamente extraños al resto de su vida para con el contrario, o con el árbitro.

Es un hecho que se pueden sumar las pasiones para crear y/o fortalecer un alma colectiva. También es obvio que el fútbol tiene esa capacidad, o, mejor dicho, que se la ha ido ganando poco a poco, con esfuerzo; tal vez pueda perderla en algún momento. ¿Dónde estaba todo ese torrente emocional antes del fútbol? ¿Qué pasaría en un mundo post-futbolístico? Hay unas cuantas preguntas de este tipo que no me parece que tengan una respuesta suficiente e inmediata en la tópica al uso. Sería interesante pensar en ello, supongo, aunque con ello no habríamos hecho sino empezar. Tal vez ocurra que el fútbol tenga propiedades que no sabemos ver, al menos a primera vista, que se ocultan tras la maraña de ideas que habitualmente esgrimen los que detestan el fútbol y/o sus exageraciones. En contraste con las emociones, no está claro que las inteligencias se puedan sumar, al menos no lo hacen tan fácilmente.

2. Técnica y pasión: el fútbol como espectáculo

¿Cuáles son las propiedades del fútbol que mejor pueden explicar su éxito pasional, su extraordinario atractivo como espectáculo global? El fútbol exporta su atractivo agónico de una manera muy específica a través de lo que se llama la afición, un enganche por el que el espectador y participe de la contienda queda prendido del fútbol como de una liturgia que cubre la totalidad del año, salvo esos *angustiosos* meses de verano (los años en que no hay mundiales o europeos). La relación del aficionado con el fútbol es muy distinta a la del futbolista, sea profesional o no. A su vez, las relaciones entre aficionados, hinchas y futbolistas, son especialmente problemáticas en estos tiempos en que el fútbol es un negocio colosal y las grandes estrellas cobran cantidades inimaginables para el espectador medio. Los aficionados proyectan sus ilusiones y pasiones en los jugadores lo que suele ser motivo de frustración. Carlin (2004, 349) relata una escena en la ciudad deportiva del Real Madrid tras una derrota significativa de los galácticos: unos aficionados exhibían una pancarta que decía “Para vosotros, dinero y putas. Para nosotros, indignación y represión”.

El aficionado al fútbol es el que ha convertido al fútbol en lo que hoy es. Recuerdo que hace años el Real Madrid fue castigado a jugar una eliminatoria en su campo sin espectadores y, aunque el partido se pudo ver por televisión, aquello no era fútbol, no era, al menos, el fútbol del que estamos hablando. Los aficionados le han dado al fútbol una nueva dimensión porque lo han convertido

en símbolo de pasiones colectivas, lo han dramatizado, además de que hayan expresado a su través ciertas identidades, lo que es, me parece, relativamente secundario. Lo importante es que los aficionados se juegan mucho en el fútbol, que un resultado adverso puede amargarles algo más que un fin de semana, puede modificar su actitud, sus ganas de hacer cosas, su aprecio por la vida. Por supuesto que, en el extremo, todo esto tiene algo de patológico, pero lo decisivo es que funciona, que pone a la gente en una determinada situación emocional que tiene alguna característica muy singular.

Tal vez la primera sea la pérdida absoluta de la objetividad. El aficionado no puede ser objetivo porque dejaría de sufrir y de gozar con el fútbol, y lo necesita precisamente para eso. A veces se puede pensar que esta pérdida de cualquier atisbo de objetividad es una consecuencia de la mala prensa que rodea al fútbol; en realidad me parece que sucede exactamente al revés. Al menos en España, la prensa deportiva es prensa de partido en un sentido muy fuerte del término, es prensa militante, y ello es así porque esa es la prensa que demanda el hincha. El lunes que el Real Madrid no ha ganado su partido, el Marca experimenta un impresionante bajón de ventas, porque la muchos forofos no están ni siquiera en condiciones de pedir consuelo a los medios, y no los compran. En cambio el triunfo necesita prolongarse de manera solitaria y reflexiva y por eso se leen las crónicas que desmenuzan el éxito y le dan las vueltas necesarias a la tópica del caso.

Es evidente que hay prensa menos sectaria, entre otras cosas porque no todo el mundo es forofos en la misma medida de un equipo, y la prensa general puede ser leída por partidarios de unos y de otros. Esa prensa sirve a un tipo de aficionado ligeramente más exigente, que no se conforma con ganar sino con tener buenas razones tanto de la victoria como de la derrota. Lo decisivo sigue siendo que el público entregue sus afanes y sus pasiones a unos intermediarios sentimentales tan expuestos al desastre y, en ocasiones, tan reacios a dar alegrías. ¿Por qué se hace así?

Una segunda característica de la afición es lo que pudiéramos llamar la gratuidad de la afición, el hecho de que el fútbol de mucho a cambio de muy poco. Se puede ser hincha sin haber ido nunca al campo y se puede ser de un equipo sin haberlo visto jamás de cerca. Se trata de una afición para la que no hay que superar ninguna clase de pruebas, y que, como hemos dicho antes, expresa una serie de actitudes que prolongan y satisfacen disposiciones muy básicas de nuestro modo de vida. Ser de un equipo provoca identificación, libera del yo individual, crea una ilusión casi continua sobre acontecimientos gratos, rejuvenece, da oportunidades de vencer sin mayor esfuerzo y, además, es un nivelador social de primer orden. El fútbol es un gran igualador y eso siempre satisface, especialmente a los de abajo.

La tercera razón para que el fútbol pueda resultar tan atractivo reside en que, aunque en el juego se combinen el esfuerzo y el azar, el resultado se convierte automáticamente en mérito lo que, de paso, permite convalidar el azar como valor, como virtud e incluso como justicia. Se saca mucho de muy poco. La gente suele preferir la gratuidad al esfuerzo y el fútbol es un clarísimo ejemplo de gratuidad para los espectadores. En el fútbol el mérito es ganar, y siempre hay alguien que gane, además de que los que pierdan ganarán alguna vez en el

futuro.

Una cuarta razón habría que ponerla en que el fútbol se ha convertido en un factor de socialización especialmente eficaz, primero porque, como ya vimos, da mucho que hablar y segundo, porque aunque haya entrenadores y teóricos que se empeñen en buscarle los cinco pies al gato, el fútbol es muy fácil de entender, de manera que todo el mundo tiene algo que decir a título personal; ser aficionado al fútbol concede audiencia y autoridad.

El hincha tiende a ser un obseso, tiende a la monomanía, a no hablar de otra cosa. De mis tiempos jóvenes recuerdo una escena en una residencia de estudiantes en que, a la hora de cenar, dos *intelectuales* estaban monopolizando la conversación de una mesa con uno de esos temas trascendentes tan propios de finales de los sesenta. Otro de los presentes, persona poco dada a la especulación, se agarró a que uno de los que llevaban la voz cantante utilizó la palabra “problemática” (como se ve, muy de la época) y se atrevió a irrumpir en la conversación. “a propósito de la problemática, ¿qué ha hecho hoy el Bilbao?”, lo que afortunadamente aireó un poco el panorama, entre otras cosas porque el fútbol no era todavía lo que ha llegado a ser hoy.

El fútbol es algo muy distinto para los profesionales y para los aficionados; para los primeros puede ser, incluso, una vocación, pero deben verlo desde el prisma de sus intereses y de su carrera, están forzados a relativizarlo; para los forofos, el fútbol, es decir, su equipo, es una auténtica religión, es el corazón de un mundo sin corazón. Esto permite entender lo que de otro modo sería enormemente sorprendente, que las evidentes tramas de negocio y especulación que rodean al planeta del fútbol, fichajes, primas, traspasos, etc., no aparten a los forofos de sus respectivas pasiones, que las refuercen incluso.

La penúltima razón que querría aducir para entender la enorme carga pasional del fútbol y el éxito que ha tenido, es el hecho de que el fútbol siempre mira al futuro, no tiene historia ni espesor. Es siempre recomienzo, esperanza, promesa. Es obvio que vincula una cierta memoria, pero cualquier buen aficionado daría con gusto la mayor parte al olvido con tal de conseguir el triunfo anhelado, lo que cada cual anhela. La última razón, pero no la menor, es que no puede haber nada comparable a una victoria conseguida cuando ya nada se espera, contra los hados, contra los árbitros, contra todos. Es un momento absolutamente único por su excepcionalidad, por su rareza (incluso para los del Real Madrid), por su gratuidad y por su exaltación. Muchos hinchas habrán olvidado la primera vez que vieron a su primer hijo, pero la mayoría no olvidará nunca, por ejemplo, aquel gol de Mijatovic frente a la *Vecchia Signora* (la Juventus de Turín) de Zidane en Amsterdam, después de treinta años sin ganar la copa de Europa que el Real Madrid había ganado de forma tan abundante cuando yo era un niño. Yo estaba allí con mis hijos que me perdonarán, seguro, esta comparación irreverente, pero es sólo un ejemplo.

Una vinculación tan fuerte tiene, evidentemente, interés para los políticos y no son pocos los que tratan de arrimar el ascua a su sardina. Me parece que hay que subrayar que, sin negar lo evidente, el fútbol se las arregla para mantenerse relativamente al margen de la agobiadora presencia de la política partidista, con los matices que se quiera.

En mi opinión, la extensión del fútbol como espectáculo se debe, primordialmente a que el fútbol proporciona una *teoría de la vida*, y eso quiere decir, sobre todo, una manera de llenarla de contenido, precisamente porque su ejercicio es una metáfora particularmente atractiva de la vida misma y porque mediante su participación en el evento, los aficionados pueden liberarse de una serie muy variada de cargas y de frustraciones. Yo recuerdo, en particular, que la primera vez que anduve por Europa, allá por finales de los sesenta, el hecho de ser pobres y vivir bajo la dictadura de un general bastante estrambótico, se podía compensar, de alguna manera, siendo del Real Madrid.

De aquí que sea el espectáculo más capaz de provocar entusiasmo y suscitar pasiones volcánicas. En el fútbol, al igual que ocurre en la vida de cada cual, hay que vivir alerta, manteniendo una lucha contra un enemigo artero, poderoso y muy hábil, y que, aunque en ocasiones parezca imposible, siempre tiene salida y, a veces, lleva al triunfo, e incluso a la gloria.

Sospecho que la gente que mantiene hacia el fútbol un desdén moral e intelectual muy hondo tiene una personalidad egocéntrica, son almas que han tenido el privilegio de encontrar dentro de sí esa pasión por vivir que la mayoría de nosotros buscamos fuera. Chesterton decía que una de las mayores diferencias entre el budismo y el cristianismo se manifestaba en que los santos cristianos siempre se representan con los ojos abiertos, de manera que no me extraña que los budistas desdeñen las ligas.

Para amar el fútbol hay que tener amigos, ser sensible a la injusticia, a la rebelión y a la camaradería, pero además hay que amar el juego limpio, la cooperación, la lucha por lo que merezca la pena, todo lo cual es paradójicamente compatible con que el abismarse en el juego convierta en auténticos solipsistas a los jugadores y, seguramente más, a los hinchas que se comportan tal y como lo expresa Hornby (1996, 127), “no quiero tener que cuidar de nadie mientras esté en un partido de fútbol; mejor dicho, no soy capaz de cuidar de nadie mientras esté en un partido de fútbol”.

Entre Loach, su guionista, Paul Laverty, y el futbolista Eric Cantona, han hecho una película (*Buscando a Erik*) que proporciona una de las mejores explicaciones del efecto benéfico del fútbol que yo haya visto. Un Cantona *angelical* se convierte en una especie de entrenador personal de un perdedor *de libro*, un hombre con una vida deshecha pero con el fondo de decencia que Loach siempre ve, acertadamente, en las personas humildes, en los derrotados. Eric Bishop, el protagonista, se identifica con el Cantona que siempre quiso y no acertó a ser, y la recuperación de su vida culmina en una magnífica escena coral en que, con Cantona al frente, los oprimidos consiguen derrotar por goleada a unos gánsteres que les estaban amargando, logrando derribar sus fantasmas y enderezar sus vidas, como en cualquier torneo con reglas comprensibles.

La historia nos muestra que Cantona no solo ha sido y es un triunfador, sino un hombre con cabeza, alguien que ha aprendido la lección esencial del fútbol, a saber, que si se lucha, como le dice repetidamente al atribulado Bishop, siempre hay salida, aunque, en ocasiones, haya que arriesgar un poco. La vida no siempre es tan bella como en el cuento de Cantona, pero el fútbol, que, según

dice Loach, es esperanza, alegría, pena, dolor, decepción, suspense, suplicio y maravilla, nos ofrece un ejemplo cotidiano de que siempre merece la pena luchar por ella, por hacerla realmente hermosa. Ken Loach rinde homenaje a la amistad, a la solidaridad, al valor de los débiles, y golpea con humor y saña el individualismo de los abusones, de los que viven de la trampa y del miedo, porque cree que, con valor, astucia y la ayuda de los amigos, siempre se puede ganar a cualquiera, como en el fútbol.

Esa facilidad de acceso a la victoria ha sido fundamental para convertir al fútbol en el primer deporte de masas, un juego en el que, además, no es necesario poseer ninguna singularidad física especial para triunfar, en el que tipos bajitos, y de aspecto escasamente atlético y atractivo rechonchos (como Maradona o Ribery), de no mucha inteligencia media pueden llegar muy arriba. El público se identifica mucho con este tipo de jugadores medios, normales: Maradonas, Iniestas, Xavis, Silvas. De hecho, en alguna ocasión se ha llamado la atención sobre la cantidad de niños que prefieren a Messi o a Iniesta en lugar de a Cristiano Ronaldo. Supongo que se debe a que se sienten más identificados con el aire "de niño grande" de Messi que con el aspecto tan modelado del portugués. El fútbol no es sólo un deporte que pueda practicarlo cualquiera y con posibilidades reales de éxito, sino que es fácil de practicar. No necesita de grandes infraestructuras, puesto que, aunque no se tenga ni portería ni balón, se puede hacer algo con una lata y con un par de bultos en el suelo que hagan de postes.

Se trata, sin embargo, de identificaciones engañosas. Garrincha o Maradona puede que no sean ejemplos de gran inteligencia en otros terrenos, pero en el fútbol han sabido arreglárselas muy bien. Jugar muy bien al fútbol no es ni mucho menos sencillo, Messi o Iniesta no son tipos normales por mucho que algunos quieran hacerse la ilusión, sino auténticos superdotados, y saber mucho de fútbol, en su aspecto táctico y de gestión, tampoco es sencillo por mucho que en cada país el 90% de la gente opine sobre la labor del seleccionador.

En realidad, por decirlo de algún modo, el fútbol se compone de elementos simples pero con los que se pueden hacer cosas extremadamente complicadas. Me puede servir el ejemplo de los castillos de arena: la mayoría no pasamos de conseguir un montón informe de arena en el que se hundan todos los puentes que tratamos de hacer, mientras que los virtuosos hacen maravillas. Pero la simplicidad del principio es básica para explicar su atractivo: es mucho más fácil darle una patada a una pelota que meterla en una canasta como en el baloncesto (en el fútbol de calle no hace falta ninguna canasta). La ilusión de que todos podemos hacerlo es esencial para el atractivo del deporte y para que funcione la identificación sobre la que luego se añaden multitud de argumentos emocionales.

El mecanismo de identificación del forofeo con el fútbol va mucho más allá de lo que se pudiera considerar corriente y eso hace que el fútbol pueda ser visto como un elemento transgresor, un juego en el que los espectadores implicados acaban por ser participantes que transgreden y subvierten las reglas del fútbol mismo. Muchas veces se invierte la lógica del fútbol y se desencadena una guerra que está más dentro que fuera, sobre todo cuando al fútbol se le hacen soportar tensiones subyacentes que le son, en realidad ajenas. Eso es lo que pasa

en España, pero también en Uruguay y en Italia, por ejemplo, en muy buena medida, con la rivalidad Barça Madrid, que está soportando tensiones que preceden al fútbol aunque le han dado candela, sobre todo por aquello de que el Barça es *mes que un club*, y al Real Madrid se le ha querido presentar como el equipo del *régimen*.

3. El fútbol de papel

Los desbordamientos que se ocasionan por los espectadores se culminan en un mercado que se ve continuamente alimentado por el fútbol de papel, aunque ahora habría que decir, más bien, por el fútbol catódico o digital, si bien el papel continúa representando una tradición importante. El fundamento de la importancia de la prensa deportiva, en lo que al fútbol se refiere, está en dos hechos decisivos: el primero que el fútbol requiere continuación verbal, es un fenómeno de duración breve, pero intensa; el segundo, el que los forofos requieren identificación y alabanza antes que objetividad o análisis técnicos. La prensa cumple, entre nosotros, ese papel con bastante eficacia, remacha la derrota absoluta de la objetividad que requieren los hinchas, y contribuye a esa posición tan posmoderna conforme a la cual no hay nunca nada objetivo que contar, sino diversas narraciones al respecto.

La prensa deportiva especializada vive de la explotación de la victoria local que es lo que, propiamente, requiere comentario, porque la derrota invita al mutismo y al ensimismamiento. De todas maneras, como la gente tiene que trabajar los lunes, y los periódicos tienen también la costumbre de salir cada día, la prensa se dedica, en caso de derrota, a hacer verosímil aquella afirmación que se atribuye a Napoleón Bonaparte, a saber, que “una derrota contada con todo tipo de detalles es indistinguible de una victoria”.

Los que gustamos del fútbol de verdad, y se me perdonará por el tono *naif*, pensamos que de esta manera se pierde parte de lo mejor del fútbol, porque por mucho que se prefiera la suerte y la victoria a la calidad y el buen juego, el fútbol está más allá de las pasiones, es una realidad técnicamente casi perfecta. El problema surge, me parece, cuando la prensa no se limita a cumplir ese papel, modesto pero relevante, y quiere convertirse en un actor principal en el juego de poder que controla el fútbol. Entonces aparecen las campañas, las intoxicaciones, los confidentiales y toda la cohorte de informativos que configuran ese mundo. Es el fútbol quien pierde con eso, aunque el periodismo trata heroicamente de hinchar el perro y, de paso, de apoyar a su señor.

Ser aficionado al fútbol tiene sus inconvenientes. Uno de ellos es el riesgo permanente de leer y oír tonterías, un género en el que muchos incluyen al fútbol, sin más. Me parece que la *tontería*, así, en general, juega un cierto papel muy de fondo en este asunto, pero me quiero referir ahora a un concepto, digamos, más técnico de *tontería*, a aquello que dicen, en ocasiones, algunos periodistas del ramo, a pesar de saber perfectamente que están diciendo algo que no dirían de no mediar intereses ajenos a lo que dicen estar comentando.

Dicen tonterías y, además, mienten, pero prefiero no llamar mentira a algo que tiene muy pocas posibilidades de engañar. En manos de los profesionales de la comunicación, el fútbol adquiere un nuevo poder, funda un nuevo negocio que, lógicamente, se apoya en el principal. Deben de alimentar a la opinión y a la pasión para que se les siga atendiendo en aquellos largos momentos en el que el fútbol está ausente. Es lógico, pues, que digan tonterías, que inventen cosas, que pretendan descubrir el Mediterráneo y reescribir a cada minuto la historia. El fútbol es tan potente que los sostiene y los resiste, pero ellos inventan tonterías y las siguen alimentando como si fueran realidades, temas genuinos de conversación inteligente, más o menos.

Por lo demás, el fútbol de papel ha inventado una tramoya que dista mucho del fútbol de verdad. Creo que, para acabar, como mejor se explica esto es con una afirmación de uno de los incontestables genios del balón, de Alfredo Di Stéfano. "No soporto que los periodistas escriban "la pasividad de la defensa". ¿Qué pasividad de la defensa? Yo nunca vi a un defensa que dijera: "Pase, Alfredo, y meta gol".

El hecho de que el fútbol haya resistido y sobrevivido a sus hinchas, a los periodistas deportivos, a los directivos y especuladores, a las televisiones, a la globalización, en suma, es una muestra de que el fútbol es muy poderoso, de que es susceptible de desempeñar una gran cantidad de papeles diversos debido a sus excepcionales cualidades, mejoradas por un largo proceso de selección artificial.

Es muy fácil entender que la obsesión generalizada con el fútbol resulte una molestia difícil de soportar para quienes no congenian con sus atractivos. Es también comprensible que abunden las explicaciones supuestamente profundas de bases psicológicas, sociológicas o económicas. La pregunta fundamental me parece que debiera ser la de cómo se ha hecho posible que un deporte con tan evidentes imperfecciones, de reglamento, de técnica, por no hablar de las de la política de competición, y en el que se han practicado abundantísimas cacicadas (en el pasado mucho más escandalosas que ahora mismo) ha logrado triunfar en un mundo en el que la oferta de espectáculo es tan variada.

El fútbol ofrece de manera casi continua una enorme cantidad de variantes de su representación, y nos permite repasar sin gran esfuerzo tanto las ilusiones como las vergüenzas de nuestra condición humana. Sin duda que cumple una función al mantenerse por tanto tiempo en primer plano, al permitirnos descansar de la seriedad con la que se disfrazan una gran cantidad de cosas que, bien miradas, acaso no sean monsergas menores que la del balón. Al prestarse a ser el escabel en que descansan una parte importante de nuestras pasiones sin otro objeto, se ha convertido en un arma de la paz, lejos de ser una prolongación de la guerra.

¿Por qué el fútbol y no otros deportes? Me temo que las contadas imperfecciones que padece sean parte de su atractivo: al fin y al cabo, la gente suele ser más torpe que hábil, más fea que guapa y prefiere, generalmente, la suerte al esfuerzo o el mérito. El fútbol es una mezcla de todo eso, como la vida misma, el deporte que más se le parece porque está lleno de contradicciones, de absurdos, de arbitrariedades, de talento, de suerte, de agonía, de esperanza y,

además, a la vez, en el plano colectivo y a nivel individual. De todo ello no habría podido deducirse gran cosa si no hubiésemos visto lo que hemos visto, que el fútbol es una especie de petróleo que no parece a punto de agotarse.

Por último, ¿qué podría explicar el hecho de que un fenómeno tan enorme hay tenido tan escasa literatura, tan poco cine? Se me ocurren tres explicaciones: la primera que hacer literatura del fútbol sería, en cierto modo, como vender naranjas en Valencia, porque el fútbol es una realidad predominantemente verbal, algo de lo que hablamos, que tiene menos épica que pragmática; la segunda que como la emoción más alta del fútbol está en el momento infinitamente breve de la victoria, a ser posible agónica, la literatura se ha concentrado en una especie de anecdotario, sabiendo el rapsoda que el lector entenderá la emoción aun con una narración escueta del momento; la tercera es que el fútbol no ha madurado todavía en EEUU que son los que en esta época se encargan de este tipo de cosas: del fútbol del futuro se ocuparán ellos, o no.

Referencias

- Carlin, John (2004): *Los ángeles blancos. El Real Madrid y el nuevo fútbol*, Seix-Barral, Barcelona
- Galeano, Eduardo (2006): *El fútbol a sol y a sombra*, Siglo XXI, Madrid.
- García Candau, Julián (1997): *La moral del Alcoyano*, Planeta, Barcelona.
- Hornby, Nick (1996): *Fiebre en las gradas*, Ediciones B, Barcelona.
- Moore, Bobby (1969): *Fútbol moderno*, Hispano europea, Barcelona.
- Nielsen, Hans J. (1982): *El ángel del fútbol*, Ultramar, Madrid.
- Perryman, Mark (1997): *La filosofía del fútbol. Patadas y pensamiento*, Edhasa, Barcelona.
- Shore, Brad (1996): *Culture in Mind*, Oxford University Press, New York
- Turkle, S. (1996): "Identidad en Internet", en Brockman y Matson, Eds. *Así son las cosas*, Editorial Debate, Madrid, pp. 21-33.
- Valdano, Jorge (2001): *Apuntes del balón*, Barcelona.
- Verdú, Vicente (1980): *El fútbol, mitos, ritos y símbolos*, Alianza, Madrid.